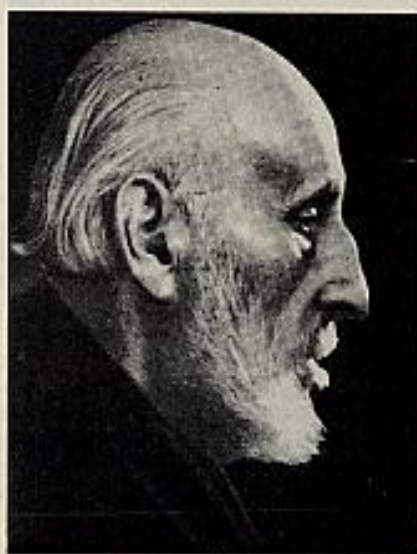


APROXIMACION A

NO me gusta interpretar personajes históricos. Si son antiguos, siempre aparece algún erudito explicando que Julio César tenía la costumbre de rascarse la calva antes de tomar una decisión trascendental y, si son contemporáneos, no tarda en surgir alguien de la familia declarando que lo que realmente le gustaba a Sarasate era tocar el organillo.

Por extraño que parezca, con mi interpretación de Cajal está sucediendo lo contrario: casi todo el mundo se ha puesto de acuerdo en asegurar que don Santiago era «así». No puedo evitar —como ciudadano— ciertos escrúpulos de conciencia, aunque al mismo tiempo —como actor— me sienta complacido. Esta doble vertiente, esta ambivalencia de mi trabajo, me plantea una inquietante pregunta: ¿importa más el Cajal que «fue» o el que «es»? Dicho de otra forma: ¿qué realidad debe quedar en primer término: la que existió o la que yo me he inventado? Es evidente que para la Historia no hay duda. Sólo ha habido un Santiago Ramón y Cajal: el que cumplió su trayectoria vital desde 1852 hasta 1934. Sí, pero lo que quede ahora en la mente de los espectadores, ¿no formará parte también de un proceso histórico? Porque, claro, en cuanto a posibilidades divulgadoras no hay competencia entre un libro y un programa de televisión. Quiero decir, que a lo mejor ya no es posible separar —al menos durante algún tiempo— el nombre de Isabel de Austria del rostro de Romy Schneider. Y —con un poco de buena o mala suerte— el de Ramón y Cajal del mío. En este sentido, ¿no estaré cometiendo una traición? Quién sabe.

Lo que ocurre es que un artista se define precisamente por sus comportamientos traidores. Si el arte se limitara a copiar la realidad, nunca llegaría a ser arte quedándose tan sólo en realidad. Algo tan aburrido que ni siquiera el realismo socialista pudo conseguir del todo. Hasta la fotografía —cuando es buena— traiciona al modelo. La vida está muy bien —o muy mal— pero no es, evidentemente, artística. Los naturalistas inventaron «lo natural» de la misma manera que los simbolistas crearon «lo simbólico». Para intentar repetir la Historia ya están los historiadores, que también traicionan aunque de otro modo. Un actor es una extraña persona a la que su impúdica profesión le obliga a hacer creer a los demás que, en vez



CAJAL

ADOLFO MARSILLACH

de ser él, es otro individuo cuyo nombre y cuya psicología se atribuye. Este curioso animal que es el hombre, acostumbra a utilizar en sus actitudes cotidianas una conducta similarmente hipócrita, pero lo que diferencia a los intérpretes profesionales del resto de la humanidad, es que los actores cobran por ofrecer su disfraz en espectáculo. Con la representación de los personajes históricos esta práctica habitual del fingimiento se multiplica.

Ultimamente me hacen muchas entrevistas y en casi todas llega la misma pregunta: «¿Cómo se ha documentado usted para "dar vida" —lo de "dar vida" es una frase tontísima que les encanta a algunos entrevistadores— a don Santiago Ramón y Cajal?» Nunca estoy seguro de lo que debo responder. Decir que he consultado los textos de sus biógrafos o que he leído varios de sus libros me parece demasiado poco. Entre otras razones porque esto, justamente esto, se halla al alcance de cualquiera. Es evidente que para la interpretación de una figura famosa se precisa saber algo —lo más posible— de ella, pero no me parece que dicha sabiduría sea suficiente para interpretarla bien. Si fuera así, si esta teoría resultara cierta, los mejores actores serían los más sabios. Y no es verdad aunque,

lógicamente, los profesores de las escuelas de arte dramático y los dómines de los cursillos acelerados de la expresión corporal pretendan demostrarlo. Con cinco volúmenes bajo el brazo sobre la existencia ajetreada de Lope, se puede asistir a una clase en la Facultad de Filosofía y Letras; lo que seguramente no se puede es subir a un escenario y «ser» Lope.

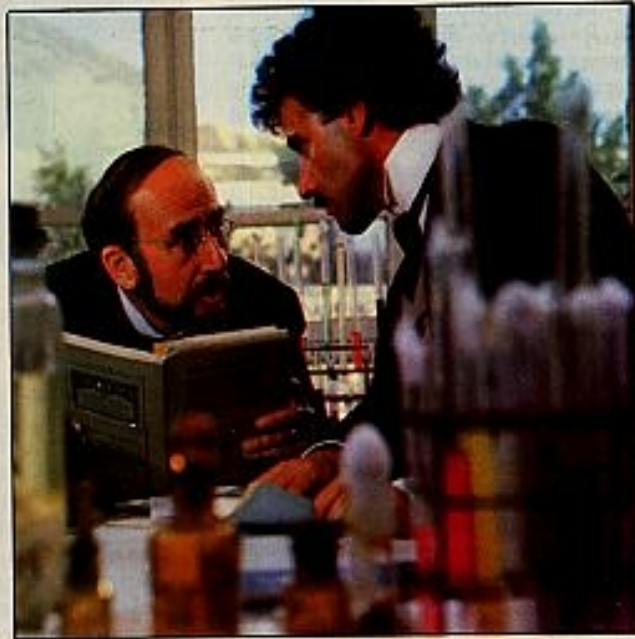
Voy a intentar explicarme un poquito más. Bastante gente ha reparado en que cuando «hago» del último Cajal, o sea, del octogenario que en «La cueva» de Alfonso XII está corrigiendo sus libros y rememorando su periplo existencial, ando, me muevo, escucho y hablo de una «cierta» manera. ¿Cuál? Pues sencillamente la que a mí me pareció que podía ser creíble en un hombre de ochenta años. Opino que la credibilidad de la ficción es —en términos artísticos— mucho más importante que la veracidad. Yo no sé si a don Santiago le temblaban a veces las manos, ni si andaba arrastrando una de sus piernas, ni si tenía la espalda tan encorvada como yo lo fingo. Tampoco sé si su voz se parecía a la mía. ¿Y qué? Lo del temblor se me ocurrió viendo a José M.^o Pemán en una entrevista para la televisión, lo de la joroba me vino de acordarme de un catedrático que tuve en Barcelona, el anquilosamiento de la pierna acudíome al fijarme en un vecino de mi barrio que toma el sol frente a las Cortes y el modo de hablar se me presentó —por vía negativa— al oír a un anciano por la radio. Se trataba de un caballero muy mayor que se expresaba divinamente, pero en un tono imposible. Para imitarlo en la pantalla, me refiero. Existen unas determinadas convenciones por las que se acepta que —escénicamente— los cojos son de una manera especial, los tartamudos de otra y los viejos, por supuesto, también. Se admiten variaciones, pero no tantas que desconciernen al espectador. Un anciano con voz de niño —los hay— produciría seguramente la hilaridad del público. Recuerdo que en cierta ocasión me repartieron en una obra de Anouilh un papel que requería expresarse con acento inglés. Como en aquella época yo estaba precisamente estudiando este idioma, se me ocurrió imitar concienzudamente a mi «teacher». Grave error. El crítico de ABC escribió que nunca había oído un acento inglés tan falso como el mío. Tenía razón. Me había equivocado: en vez de buscar la fonética del personaje, me había limitado a calcar la de mi



profesor. Ambos —el profesor y el personaje— venían de realidades diferentes.

Todo cuanto llevo escrito hasta ahora en este artículo debe incluirse entre la longitud y la latitud de un oficio en el que no sería razonable desear sus componentes intuitivos y, en consecuencia, mágicos. Afortunadamente —para desahogo de los racionalistas, a los que me gustaría pertenecer— en el arte intervienen otros factores. Por ejemplo, un actor puede estar a favor o en contra del personaje que le ha tocado en suerte. No se crea que es una elección tan fácil. Los buenos papeles —en el teatro como en la vida— se diferencian de los malos en que siempre tienen alguna razón que los justifica o, por lo menos, los explica. Lo que absuelve a Otelo de lo que hace —un asesinato— es precisamente lo que dice. Shakespeare no hubiera pasado de ser un hábil autor de melodramas si detrás de sus criaturas no hubiera permanecido —vigilándolas— la literatura. Los actores tenemos la fascinante obligación de escudriñar las palabras de los dramaturgos para no dejarnos llevar, esquemáticamente, por un primer movimiento de simpatía o antipatía hacia los seres que inventaron. De este descuido nacen tantos montajes simplistas y tantas representaciones ingenuas. Los intérpretes de izquierdas han de andarse con mucho ojo cuando encarnan personajes de derechas. Y al revés, por supuesto. No hay

Tres escenas de la serie que Televisión Española está emitiendo sobre la vida de Santiago Ramón y Cajal. Adolfo Marsillach da vida en la película al científico; abajo a la izquierda, con Verónica Forqué, su mujer —Silveria— en la serie.



APROXIMACION A CAJAL

peor crítica que la que no pasa de ser sencillamente boba.

Veamos: ¿estoy yo de acuerdo con don Santiago Ramón y Cajal? Sí, claro que sí. En términos generales, desde luego. Ante todo, opino que esta serie sobre su figura explicitará algo no por más sabido menos olvidado: la lucha de un hombre solo contra su país. Porque aquí está, me parece, el meollo de la cuestión: no es que Cajal hiciera sus descubrimientos «sin» sus contemporáneos, sino que los hizo «a pesar» de ellos. Estudiando con un mínimo de interés su aventura científica, se siente uno ruborizado de ser español. A Cajal lo tuvieron de oposición en oposición durante años. En 1879 se presentó como aspirante a la plaza de catedrático de Anatomía en la Universidad de Granada y fue rechazado. Después —en 1880— ganó, en otras oposiciones, el puesto de director de los Museos Anatómicos de la Facultad de Medicina de Zaragoza. Luego —y, sucesivamente, en 1883 y 1887— consiguió las cátedras de Valencia y Barcelona. En 1882 tuvo que volver a examinarse y, por fin, fue nombrado —a los cuarenta años— catedrático de Histología Normal y Anatomía Patológica de la Facultad de San Carlos de Madrid. Se jubiló —imagino que con un suspiro de alivio— en 1922. O sea, que el pobre don Santiago fue zarandeado de tribunal en tribunal la mayor parte de su vida en medio de la indiferencia de sus conciudadanos, representantes —con honrosísimas excepciones— de la más absoluta ignorancia.

¿Cómo no ponerse en seguida al lado de una figura tan injustamente maltratada? Porque, además, Ramón y Cajal fue pobre casi siempre. Malvivió de un sueldo miserable, arañando en los ahorros de su mujer —¿cómo conseguiría ahorrar la resignada Silveria?— para atender a los gastos de sus publicaciones. Nadie le ayudó —al principio— excepción hecha de don Aureliano Maestre —su iniciador en la Histología—, ningún estamento oficial creyó en él. Le obligaron a pasar por todas las humillaciones posibles teniendo que pedir como limosna lo que le pertenecía por derecho. Tan sólo cuando lo reconocieron en Inglaterra, empezó Cajal a ser conocido en España. La Historia española —una vez más— se repetía.

Ya. Pero todo esto no es sencillo explicarlo en la interpretación. Entre lo que un actor cree que está expresando y lo que en realidad expresa, hay un mundo de distancia. No basta con entender las cosas —ni siquiera con sentir las— para expresarlas adecuadamente. Por mucho que los co-

mediantes nos esforcemos por ser al mismo tiempo espectadores de nosotros mismos, la verdad es que casi nunca lo logramos. Aparte de que resulta prácticamente imposible convertirse en público imparcial del propio trabajo. Seguramente que a un ser humano no se le debe pedir tanto sacrificio.

A mí me parece que don Santiago —no le conocí— miraba de un modo especial. Los ojos son la zona más importante de un actor de cine. Las grandes estrellas —desde Greta Garbo a Gary Cooper— han llegado a serlo porque miraban «muy bien». Sobre un escenario —todos los problemas gestuales de la interpretación nacen de la cercanía o la lejanía— el planteamiento es diferente, pero desde una pantalla los que llaman la atención en especial son los ojos. ¿Qué

las decepciones, de la ilusión o la tristeza, del triunfo o del fracaso, va creciendo una especie de filosofía doméstica que sirve, sobre todo, para defenderse. Me temo que vivir no sea mucho más que esto: una laboriosísima defensa que nos distrae del suicidio. Para mí, Santiago Ramón y Cajal se refugió en la convicción de que poseía —o iba a poseer— la verdad.

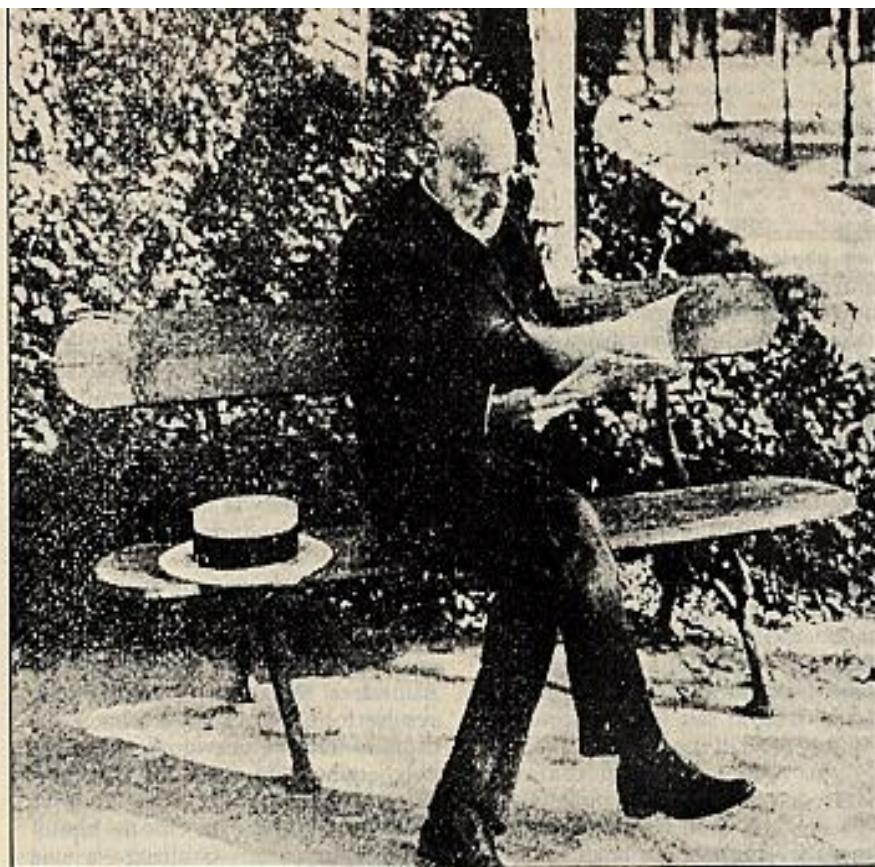
Únicamente estando convencido de que lo que se hace merece la pena hacerse, se pueden llegar a hacer tantas cosas. Cuentan sus biógrafos, que una vez se pasó veinte horas seguidas trabajando sin detenerse ni para comer. Una anécdota que —como de costumbre— no rebasa los límites de la puerilidad. Yo creo que la vida de Cajal fue un continuo trabajo, una imparable investigación que no pudo ni quiso interrumpir. Todo lo que le



Santiago Ramón y Cajal con los doctores Achúcarro, Francisco Tello y Ricardo Becerro de Bengoa, entre otros.

intensidad o qué sentido debía tener la mirada del intérprete de Cajal, para que se pudieran leer en ella las distintas reacciones que la incompreensión de sus coetáneos provocaba en su personaje? No se mira igual a los treinta años que a los cincuenta. Ni, por supuesto, a los ochenta. Algo, sin embargo, permanece inalterable. Por encima o por debajo de las fatigas y

rodeaba —incluida su familia— no traspasó jamás las paredes sagradas de su laboratorio. Hay místicos laicos que no suben a los altares. Y Cajal tenía la arrebatada ceguera, la arrolladora fe de los creyentes. Por fortuna, sus creencias fueron de este mundo. Bueno, pues yo he intentado traducir su obstinado convencimiento a través de mis ojos.



«Cajal sobrevivió a la envidia, la intolerancia y la mediocridad de sus contemporáneos. Ciertamente que en sus últimos días le hicieron múltiples reverencias y hasta le levantaron un monumento en el Retiro, a cuya inauguración se negó a asistir.»

Si viviera su esposa —Silveria, que murió antes que él— se le podría preguntar si, a su juicio, fue su marido un egoísta. Estoy seguro de que diría que no porque doña Silveria pertenecía a esa extinguida raza de mujeres incapaces de hablar mal de sus esposos, por lo menos en público. Y, sin embargo, yo opino que sí, que lo fue y que además no podía ser de otro modo. Una de dos: o se es un buen marido y un buen padre o un gran hombre. Ambos menesteres al mismo tiempo no funcionan.

Que me perdonen —si quieren— sus actuales descendientes, pero a mí la historia familiar de don Santiago me importa muy poquito. Y en cuanto a eso de que «la mitad de Cajal fue su mujer», habría mucho que discutir. El mismo escribió: «La armonía y la paz del matrimonio tienen por condición inexcusable que la mujer acepte de buen grado el ideal de vida perseguido por el esposo. Se malogran por tanto la dicha del hogar y las más nobles ambiciones cuando la compañera se erige, según vemos a menudo, en director espiritual de la familia y organiza por sí el programa de las actividades y aspiraciones de su cónyuge.» Lo cual, en lengua romance, significa que Cajal no era precisamente feminista. Lo que ocurrió fue que Silveria tuvo la justa prudencia de no salirse de su sitio; sabía que entre ella y el microscopio su marido no hubiera dudado mucho.

Esta actitud de don Santiago, ¿fue buena o no? Lo ignoro. Imagino que

dependerá de los criterios con que se juzgue. A mí personalmente —ya lo he dicho— me parece bien. A Cajal le dieron el Nobel por sus descubrimientos sobre la neurona y no por lo mucho o poco que quería a sus hijos. He procurado «contar» esta postura en mi interpretación. Procuero dar la idea de que mi personaje estuvo siempre en su casa un poco como de paso, sin que las distintas circunstancias que aparecían consiguieran salpicarlo demasiado. Para Cajal su domicilio fue, sobre todo, su laboratorio. Lo que sucedía en las otras habitaciones le llegaba de lejos, casi como un

Marsillach representando a Cajal en su madurez.



murmullo ligeramente incómodo. Y que conste que no estoy haciendo el retrato de lo que, en términos generales, se conoce como una mala persona. Quien no lo acepte así es que no entiende lo que está leyendo.

A primera vista suena un tanto extraño que un hombre de estas características se interesara —y hasta sufriera cierta tentación— por la política. Cajal fue un gran patriota y esta virtud le justificó de algunas debilidades. Sobre el desastre de 1898 ha dejado dicho: «... más que nada nos arrastró a la catástrofe la vergonzosa ignorancia en que vivían nuestros partidos de turno de la magnitud y eficiencia reales de las propias y las ajenas fuerzas. Porque, aunque parezca absurdo, por entonces diputados, periodistas, militares, etcétera, creían de buena fe que nuestros instrumentos bélicos en Cuba y Filipinas —buques de madera y ejército de enfermos— podían medirse ventajosamente con los formidables de que disponía el enemigo. Que lo malo de un país no consiste en su debilidad, sino en que ésta sea ignorada de quienes tienen enexcusable obligación de conocerla.» De poco le sirvió a Cajal su lucidez: la nación siguió dando bandazos desde la indiferencia del pueblo a la ignorancia de los políticos. Hay que pensar que Cajal nació bajo el reinado de Isabel II y que murió con la Segunda República y que vio, por lo tanto, la Revolución de septiembre de 1868, la entronización de Amadeo de Saboya, la Primera República de 1873, la Restauración de Alfonso XII, la Regencia, la subida al trono de Alfonso XIII, la Dictadura de Miguel Primo de Rivera y la República de 1931. Demasiado.

APROXIMACION A CAJAL

Es una lástima que -por razones económicas, supongo- nuestro programa de televisión no hay podido detenerse con mayor cuidado en estos hechos. Las posturas políticas de Cajal hubieran tenido más relieve, aunque yo me permito sospechar que, al final de su vida, don Santiago estaba ya de vuelta de casi todo y que un cierto escepticismo tenía sus convencimientos patrióticos. A este país hay que amarlo con una sonrisa para no echarse a llorar continuamente. Pienso que Cajal lo hizo también así. Y en mi interpretación he querido reflejarlo. Cajal ignoró los muchos honores que al final de su vida le rindieron, no tanto por modestia como por desprecio: sabía que llegaban tarde porque en España a la gente no le gusta levantarse pronto. Singularmente cuando se trata de elogiar a los demás.

No sé si va a nutirse, pero en mi mirada he intentado que estuvieran, al mismo tiempo, la burla, el desdén, la ternura -no son incompatibles- y la curiosidad. Un hombre que se interesa sucesivamente por la pintura -sus dibujos son extraordinarios- las Ciencias Naturales, la Anatomía, la Histología, la Bacteriología, la Fotografía, el Hipnotismo, la Psicología, la Telepatía, el Ajedrez y la Literatura, es, indudablemente, un curioso monumental. Tal vez sea este rasgo -el de su inacabable curiosidad- lo que más me haya interesado de mi personaje y una de las condiciones de su carácter que con mayor empeño he pretendido destacar. Cada vez que Cajal se asomaba a un nuevo conocimiento, lo hacía con el entusiasmo y la impaciencia de un niño. Siempre retuvo -en este sentido- algo infantil. Y no me refiero a sus relaciones -ya de viejecito- con Enriqueta, su secretaria, que lo trataba -como acostumbra a suceder con los ancianos- maternalmente. Cajal conservó intactas sus curiosidades de la infancia; por eso, en algunos momentos de mi trabajo como su intérprete, me muevo con un buscado atolondramiento cuando sé que Cajal está a punto de entreabrir las puertas de alguna ciencia desconocida para él hasta entonces.

Debo confesar que soy un individuo torpe, con una carencia total de habilidades manuales. De ahí que cuando llegó el momento de rodar las secuencias en las que Cajal hacía sus preparaciones, diseccionaba el cerebro de una rana o tenía que manejar el microtomo, temiera encontrarme con muchas dificultades. Además, a mí todos estos asuntos me dan asco. Sólo pensar en coger una cobaya me pro-

duce náuseas. Nunca hubiera servido para médico. Bueno, pues, misteriosamente, no tuve problema alguno. Todos los trabajos científicos que en la serie se ve realizar a Cajal, los hice yo mismo. Si uno fuera de otra forma, sería como para creer en los brujos.

Es evidente mi parecido físico con Cajal. Claro que todos los españoles con barba, nariz aguileña y calvicie esplendorosa, nos parecemos, pero mi semejanza con don Santiago es casi, casi asustante. Todo empezó en 1959 cuando hice una película que se llamaba «Salto a la gloria» y que trataba también de su biografía. La coincidencia física es tan llamativa que en una universidad norteamericana tienen una foto mía con el convencimiento de que es él. A lo mejor Cajal se ha enterado y se ríe por lo bajinis como una venganza por la guerra que nos ganaron en su día los Estados Unidos.

Otro tema que me une entrañablemente a mi personaje es la cabeza: no por el talento, sino por el dolor. Dice Dorothy Cannon: «Terminada su visita a Nueva York, los Cajal emprendieron camino hacia Worcester. En el tren, el calor era sofocante. Llegaron a destino muy tarde y pasaron la noche sin dormir intentando aliviar la angustiada cefalea de don Santiago con compresas de agua fría.» Por ahí no he tenido dificultades. Mi interpretación de los dolores de cabeza de Cajal es -como le hubiera gustado a Stanislavsky y sus epígonos celtibéricos- absolutamente «orgánica».

No acaban en este apartado las coincidencias. También en el terreno ideológico comparto muchas de sus opiniones. Hasta que llegó Cajal, los investigadores interesados en conocer el funcionamiento del sistema nervioso, explicaban lo que parecía inexplicable por la dinámica de un enigmático «espíritu vital» que venía a resolver todos los problemas. Si alguien interrogaba sobre la complejidad de los centros nerviosos y acerca del laberíntico entrelazado de sus ramificaciones, se le respondía que todas las fibras terminaban en una red receptora y transmisora de órdenes, como el despacho de un ministro. Explicación absurda e indemostrable, que se admitía porque formaba parte de ese concepto religioso del hombre como habitáculo de un espíritu que nos viene concedido desde el más allá. Por suerte para la ciencia, lo que a Cajal le interesaba era el «más allá». Nunca aceptó lo que no entendía. Fue -como a él le gustaba decir- «un adepto ferviente de la religión de los hechos». Solamente admitía lo que

comprobaba «Ver y tocar» era su lema. Por esto pidió que le enterraran en el cementerio civil de Madrid, aunque no se cumpliera su petición. Y por esto su nombre puede ponerse al lado de Miguel Servet, otro gran desconocido. Si Cajal hubiera aceptado como verdades las mentiras de su época, jamás habría llegado a descubrir la neurona y la historia del conocimiento humano sería hoy de otra manera.

En la medida en que un actor es sobre todo un hombre, he intentado transmitir esta fecunda obstinación de quien creía que los misterios de la naturaleza se nos ofrecen más para resolverlos que para admirarlos. En el capítulo número seis -guion dedicado a la estancia de Cajal en Valencia- hay una secuencia en la que se le ve haciendo algunos ejercicios de hipnotismo para curar -o aliviar- a una joven parálitica. Cuando la enferma consigue levantarse y empieza a andar, su madre grita: ¡milagro! He querido explicar en la expresión de mi rostro el absoluto rechazo que -supongo- hizo Cajal de esta palabra. En la vida de Cajal no hubo otro milagro que el de su propia supervivencia.

Sobrevivió a la envidia -se asustó muchísimo cuando le concedieron el Nobel- la intolerancia y la mediocridad de sus contemporáneos. Ciertamente que en sus últimos días le hicieron múltiples reverencias y hasta le levantaron un monumento en el Retiro, a cuya inauguración, por cierto, se negó a asistir. Claro. Le llegó tarde, todo le llegó tarde. Este país -¡lástima!- trata así a sus hijos.

En sus «Charlas de café» escribió: «Tener razón antes de tiempo es una herejía que a veces se paga con el martirio.» También don Santiago Ramón y Cajal pagó su precio y tuvo su martirologio aunque no le quemaran en la hoguera. En España ha habido desde siempre -y sigue habiendo- muchos inquisidores aunque la Inquisición esté oficialmente abolida.

¿Y qué más? Nada. Añadir tal vez que me habría gustado enriquecer mi interpretación con algunos comportamientos «verdeuelos» de don Santiago. No creo que este territorio de su personalidad hubiera disminuido al personaje, sino precisamente al contrario, aunque, bueno, esta es mi personalísima opinión.

En fin, que he procurado aproximarme a Cajal con respeto, con cariño, con admiración y, a la vez, con entusiasmo. Ahora... no sé... ustedes dirán. Espero que mi «traición» no sea mucha. ■ A. M.